



La historia es la narración verdadera de los sucesos públicos o políticos de los pueblos y también de hechos o manifestaciones de la actividad humana de cualquiera otra clase.

Esto es lo que dice la definición, pero, ¿es siempre la historia “verdadera”? o ¿depende del punto de vista del historiador? Esto se observa con mayor frecuencia cuando se escriben biografías de personajes históricos. Tomemos un solo ejemplo, Bolívar. Hay numerosas biografías del libertador. Sin embargo, la idea que se va a formar del personaje y su obra, depende del punto de vista del historiador. Otro ejemplo, la historia de las guerras dependen de la nacionalidad del escritor.

Sin embargo, los poetas también hacen historia así, por ejemplo, para muchos, su información sobre la Guerra de Troya viene de la *Iliada* de Homero, o la información sobre Francia en la época de la revolución francesa, la conocemos mejor a través de *Los tres Mosqueteros* de Alejandro Dumas, padre, o por la estupenda biografía de María Antonieta de Stefan Zweig.

¿Y la novela? La novela, según la definición de los diccionarios es la obra literaria en que se narra una acción fingida, en todo o en parte y cuyo fin es causar placer estético a los lectores, por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes de caracteres o de pasiones o de costumbres.

Como decía Flaubert: “Escribir es apoderarse del mundo, de sus prejuicios, de sus virtudes y resumirlos en un libro, es sentir como nace el pensamiento y como crece, vive, se yergue en su pedestal y en él permanece para siempre”.

Flaubert es uno de los escritores favoritos de nuestro Premio Nobel, Mario Vargas Llosa, quien ha escrito una obra *La orgía perpetua* sobre Madame Bovary la “heroína de la novela”, aunque también hay que recordar que, en la época en que eran amigos, escribió

una obra *Historia de un deicidio* sobre la novela *Cien años de Soledad* de Gabriel García Márquez, el creador del realismo fantástico.

Entonces si la historia dice la verdad ¿es que las novelas mienten? Mario Vargas Llosa en su obra *La verdad de las mentiras* dice: “En efecto, las novelas mienten –no pueden hacer otra cosa– pero ésa es sólo una parte de la historia, la otra es que, mintiendo, expresan una curiosa verdad, que sólo puede expresarse disimulada y encubierta, disfrazada de lo que no es. No se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla, añadiéndole algo”.

¿Qué diferencia hay, entonces, entre una ficción y un reportaje periodístico o un libro de historia? La respuesta es: se trata de sistemas opuestos de aproximación a lo real. En tanto que la novela se rebela y transgrede la vida, aquellos géneros no pueden dejar de ser sus siervos.

Un tema recurrente en la historia de la ficción es: “el riesgo que extraña tomar lo que dicen las novelas al pie de la letra, creer que la vida es como ellas la describen. La literatura, cuenta la historia, que la historia que escriben los historiadores no sabe ni puede contar. Porque la vida real, la vida verdadera, nunca ha sido ni será bastante para colmar los deseos humanos. Nuestra historia secreta solo la literatura la sabe contar”.

En un artículo sobre la novela *Manhattan Transfer* de Jhon Dos Passos ha resumido así la relación entre la ficción y el mundo real. “Una ficción fracasa o triunfa por ella misma –por el vigor de sus personajes, la sutileza de su anécdota, la sabiduría de su construcción, la riqueza de su prosa– y no por el testimonio que ofrece sobre el mundo real”.

Y, prosigue Vargas Llosa, “Pero algunas pocas novelas, las más altas hazañas del género, obras como *La guerra y la paz*, *Madame Bovary*, *Ulises*, *En busca del tiempo perdido*, *La Montaña Mágica*, nos parecen en su desmesurada ambición, en su fantástico alcance

cuantitativo, haber logrado ese utópico designio congénito al arte novelesco”. Notemos que no menciona *El Quijote de la Mancha*. Sin embargo, en su discurso de aceptación del Premio Nobel dice: “Por fortuna, allí estaban los maestros para aprender de ellos y seguir su ejemplo. Flaubert me enseñó que el talento es una disciplina tenaz y una larga paciencia. Faulkner, que es la forma –la escritura y la estructura– lo que engrandece o empobrece los temas. Martorell, Cervantes, Dickens, Balzac, Tolstói, Conrad, Thomas Mann, que el número y la ambición son tan importantes en una novela como la destreza estilística y la estrategia narrativa.

Dice Sartre, que las palabras son actos y que una novela, una obra de teatro, un ensayo, comprometidos con la actualidad y las mejores opciones pueden cambiar el curso de la historia. Camus y Orwell, que una literatura desprovista de moral es inhumana y Malraux que el heroísmo y la épica cambian en la actualidad tanto como en el tiempo de los argonautas, la *Odisea* y la *Iliada*”.

En esta lista no hay escritores peruanos, sin embargo, en el prólogo de su obra *La utopía arcaica* dice: “Entre todos los escritores peruanos el que ha leído y escuchado más ha sido, probablemente José María Arguedas”.

Esta obra ha sido considerada como un cruce entre la biografía, la historia y la crítica literaria. Sustenta así nuestro punto de vista que con la novela también se puede hacer historia.

Un solo ejemplo, *La guerra y la paz* de Tolstói, un escritor admirado por Vargas Llosa y una obra que se disputa con *El Quijote*, ser la mejor novela del mundo. En efecto, es una obra formidable, 500 personajes, más de mil páginas, ambientado en la Rusia de comienzos del siglo diecinueve, en plena guerra de Napoleón Bonaparte contra Rusia.

No puedo sustraerme a la tentación de presentar el testimonio del escritor francés Romain Rolland

(1866-1944) gran biógrafo de Tolstói y Premio Nobel de Literatura (1915). Dice así: “Guerra y Paz es la más vasta epopeya de nuestro tiempo, una *Iliada* moderna. Se agita en ella un mundo de figuras y de pasiones”. Esta muchedumbre de seres vivientes, los infinitos episodios, los sucesivos escenarios de la ciudad, con su tumulto, y de la naturaleza, con sus efluvios, la frívola sociedad rusa de la antigüedad, el ejército ruso en Austria, la vida militar, las almas atormentadas, las mujeres –admirables siluetas femeninas–, los trágicos sucesos bélicos, los millares de detalles vividos y observados, la bondad, el perdón, la ternura al lado de la crueldad y la barbarie, todo esto puede esconder de pronto, a los ojos del lector, la coherente unidad de acción que constituye esta sinfonía épica, estas prosas profanas, tan saturadas de grandiosa poesía.

La fatalidad, una fatalidad más formidable que la que los dioses homéricos crean entre los mortales, produce, en opinión de Tolstói, el desencadenamiento de las fuerzas elementales que ni la razón ni la voluntad de los hombres pueden encausar ni dominar. Pero ¿reina la fatalidad, o vela la Providencia? El religioso espíritu de Tolstói trata de conciliarlo así: “La prueba más difícil es la sumisión de la libertad humana a las leyes divinas. La sencillez del corazón consiste en la sumisión a la voluntad de Dios”.

Los verdaderos protagonistas de las guerras son los pueblos. En el oscuro heroísmo de las masas, en la sumisión del mujik, en donde Tolstói describe la verdadera grandeza de la guerra.

La mayoría de las novelas nos brindan, además magníficas descripciones de la época en que suceden los hechos relatados en ellas. *Madame Bovary* es un buen ejemplo de ello, o las novelas de Dickens o *El Jorobado de Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo.

A este tipo de novelas pertenece *Conversación en la Catedral* de Mario Vargas Llosa que se ambienta en la época de la dictadura del General Manuel Odría. En

este punto no hay que olvidar que la Academia Sueca al concederle el Premio Nobel a Mario Vargas Llosa, afirmó que lo hacía porque el escritor había hecho “La cartografía del poder” es decir el mapa del poder y efectivamente si uno examina el conjunto de la obra de Vargas Llosa observará como “el poder” aparece como *leitmotiv* de muchas de sus obras.

Pero hay otra observación que podría hacerse sobre esta obra: ¿es una novela autobiográfica? Veamos. La novela fue publicada en 1969 cuando el autor tenía 33 años, pero los hechos relatados son de 1950 cuando el autor tenía 14 años que es la edad de la adolescencia, etapa en la cual los jóvenes toman un contacto más firme con el medio que los rodea. El protagonista, Santiago Zavala, “Zavalita” que en la novela dice la famosa frase “¿en que momento se jodió el Perú?”.

Pues bien, el joven Zavala, periodista del diario “La Crónica” lo mismo que el autor y otras similitudes: haber estudiado en San Marcos y ser un miembro de la célula conumista “Cahuide”.

Esta obra es muy apreciada por el autor, de ella dijo: “si tuviera que salvar del fuego una sola de las que he escrito, salvaría ésta”. No hay que confundir, sin embargo, con la llamada novela social que son obras de denuncia sobre la injusticia social.

Ya el gran Emile Zola (1840-1902) había escrito “el papel del novelista es la búsqueda de la verdad”. Posteriormente escribe *Germinal*. La novela trata sobre una huelga en una fábrica de carbón. Para escribir, Zola fue a las minas, se sumergió en las galerías, habló con los obreros. Zola toma ya la cuestión social con carácter místico, se acuerda de Taine quien dijo que se escribe según la raza, el medio y el momento. En su sepelio, Anatole France (Premio Nobel de Literatura de 1921) dijo: “Zola fue un momento de la conciencia humana”.

En el Perú, hemos tenido magníficos ejemplos de novela social. Recordemos *Aves sin nido* de Clorinda

Matto de Turner, *El Mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, a esta novela Mario Vargas Llosa la considera una de las mejores de Latino América y las novelas de Arguedas: *Todas las sangres*, *Los ríos profundos* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Hay también la novela política que se escribe sobre un personaje determinado, real o ficticio, que comenzó con *El tirano Bandera* de Valle-Inclán y siguió con *El señor Presidente* de Miguel Angel Asturias, *Yo el Supremo* de Augusto Roa Bastos o *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez.

En este grupo hay que inscribir, forzosamente *La Fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa. Publicada en el año 2000, se basa en la vida del dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo y de la conspiración para asesinarlo. De esta obra ha dicho el autor. “Me fascinó la relación subjetiva entre el dictador y su pueblo”. Esa especie de vasallaje espiritual originado en la coacción o el temor. Trujillo “consigue un control absoluto, no sólo sobre la conducta sino en la conciencia y hasta en el sueño de la gente”.

Pero hay otro “poder” que Vargas Llosa examina en su novela *La guerra del fin del Mundo* publicada en 1981. Está basada en hechos reales. En la guerra de Canudos, una guerra política y religiosa ocurrida en 1896 en el noroeste del Brasil. El mismo autor afirma. No hubiera escrito esta novela sin Euclides da Cunha, cuyo libro *Os Sertoes* me reveló en 1972 la guerra de canudos.

En el prólogo de la obra Vargas Llosa afirma: “La tragedia de América Latina es que, en distintos momentos de nuestra historia, nosotros nos hemos visto divididos, enfrentados en guerras civiles, represiones y a veces en matanzas peores que las de Canudos, por cegueras recíprocas parecidas”.

Uno de los personajes principales es Antonio Vicente Méndes Maciel, un fanático religioso que Vargas Llosa lo describe así en el primer capítulo de la obra.

“El hombre era alto y tan flaco que parecía siempre de perfil. Su piel era oscura, sus huesos prominentes y sus ojos ardían con fuego perpetuo, calzaba sandalias de pastor y la túnica morada que le caía sobre el cuerpo, recordaba el hábito de esos misioneros que, de cuando en cuando visitaban los pueblos del sertón bautizando muchedumbres de niños y casando a las parejas. Era imposible saber su edad, su procedencia, su historia, pero algo había en su facha tranquila, en sus costumbres frugales y en su imperturbable seriedad que, aún antes de que diera consejos, atraía a las gentes. Pero hay en esta obra una serie de personajes como Antonio, conocido como El Beatito, María Quadrado, el padre Joaquín, el León de Natuba.

Sobre este punto del misticismo, que algunos consideran una forma de fanatismo, publiqué, hace varios años lo siguiente: El centro de *La guerra del fin del Mundo* es un hecho verídico la insurrección popular, de signo religioso. Toda la obra, al menos en el plano religioso, tienen similitud con un evangelio de los tiempos modernos, en el que el Consejero cumple el papel de un profeta mayor y el personaje conocido en la novela como el León de Natuba, en su papel de escriba y único registrador de las palabras del Consejero, sería el moderno evangelista

destinado a transmitir a la posteridad las enseñanzas del Consejero”.

La última obra de Mario Vargas Llosa que apareció, casi simultáneamente, con la concesión del Premio Nobel, es *El sueño del Celta* una biografía novelada de un irlandés, que como diplomático inglés visitó el Congo, la selva amazónica peruana y participó en la rebelión de Irlanda, durante la primera guerra mundial. En los tres escenarios son puestos en evidencia los abusos del poder, confirmando así lo que dice la Academia Sueca que Mario Vargas Llosa hace la cartografía del poder.

Finalmente, ¿puede ser una novela autobiográfica? Por supuesto que sí, sin ir muy lejos recordamos *Cien años de Soledad* del también Premio Nobel Gabriel García Márquez. El párrafo inicial de la obra es el siguiente: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el Coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”.

Como pueden apreciar, una escena sencilla, familiar, un padre llevando a su hijo al circo. Por eso, no nos descorazonemos, algún día vendrá un Vargas Llosa a escribir la novela de nuestra propia vida.